

EL BIEN Y EL MAL EN EL SIGLO XXI

Por Carlos Fernández Liria (Profesor titular de Metafísica y Teoría del Conocimiento)

Hay cierto tipo de Mal -demasiado vasto, demasiado impersonal- con el que nuestra conciencia moral no sabe qué hacer. Probablemente, como consecuencia del bloqueo a Iraq a partir de la primera guerra del golfo, murieron un millón y medio de personas inocentes. Por lo menos otro millón y medio han muerto a causa de la guerra y de la destrucción de infraestructuras. El país está sumido en una guerra civil y sembrado de uranio empobrecido. En Iraq las embarazadas ya no preguntan al médico si es niño o niña, sino si viene o no con malformaciones. La gravedad de todo esto sólo es equiparable a la gravedad de que todo esto esté ocurriendo mientras conservamos nuestra tranquilidad de conciencia. Probablemente el nihilismo nunca había llegado tan lejos entre nosotros ni había gozado de tanta impunidad. Ni siquiera en esa situación tan vehementemente denunciada por Hannah Arendt, lo que ella llamó “el colapso moral de la población alemana”, una población que más o menos sabía y no quería saber que sabía de la existencia de Auschwitz y que con su indiferencia y su banalidad se hizo cómplice del holocausto. Los campos de concentración sobre los que se levanta nuestra tranquilidad de conciencia europea son demasiado grandes para rodearlos con alambradas. Nos sale mucho más rentable rodearnos nosotros mismos de alambradas: encerrarnos en una fortaleza inexpugnable, materializar con púas y cuchillas la “solución final” de nuestras leyes de extranjería, y dejar que la economía internacional se encargue por sí sola de perpetrar el exterminio. No es sólo que esto salga mucho más barato. Es que sale muy rentable, tan rentable que sus efectos superan con mucho la audacia de los surrealistas. La realidad se ha convertido en un chiste, en una broma de mal gusto. Según el último informe de Naciones Unidas, por ejemplo, resulta que el 1 % de la población adulta del planeta acapara el 40 % de la riqueza mundial, mientras que en el otro extremo el 50 % de la población apenas cuenta con el 1 % de la riqueza. Cuando lees estos datos piensas que están equivocados. Claro que, según un cálculo elemental, para que una de las 2500 millones de personas que subsisten al día con 2 dólares diarios, llegara a amasar, con el sudor de su frente, una fortuna como la de Bill Gates, tendría que estar trabajando (ahorrando todo lo que ganara) 68 millones de años. Otro chiste: por un anuncio de zapatillas deportivas Nike, Michael Jordan cobró más dinero del que se había empleado en todo el complejo industrial del sureste asiático que las fabricaba. Por supuesto que para que un absurdo tan abyecto se encarne en la cruda realidad de cada día hace falta administrar mucha violencia, cortar el planeta con muchas alambradas, deslocalizar poblaciones, descoyuntar, en definitiva, el cuerpo entero de la humanidad. En un horizonte semejante, la manera en la que solemos distinguir el Bien y el Mal se ha convertido también en una especie de chiste. Aunque hay algo que seguro que es malo: permanecer de brazos cruzados en un mundo como éste. ¡Otro mundo es posible!



OUR DAILY DREAD

Por Beatriz Villacañas Palomo (Profesora titular de Filología Inglesa II)

Nada persigue tanto como lo que se lleva dentro. No hay cambio de escenario, no hay viaje posible que nos aleje de ello. No hay escapatoria – más acá de la muerte –. La huida, incluso, puede llevarnos más directamente hacia aquello de lo que queremos escapar, trágica paradoja de la que Edipo Rey es espejo en que mirarnos. De creer completamente las palabras anteriores, seríamos habitantes del infierno y no tendríamos más compañía que la de la desesperación y la tiniebla. Sería eso, pues, no el infierno que aguarda a los malvados no arrepentidos tras la muerte, sino el que aguarda al recién nacido, la vida misma como escenario del horror. Nacer como condena. Cioran, entre otros, revisitado: “La única, la verdadera mala suerte: nacer” (De l'inconvénient d'être né - Del inconveniente de haber nacido-). La vida misma sería el mal. Identificación de continente y contenido. Puede creerse o no. Pero el mal, que está dentro de la vida, ha de luchar

cada día por conquistar territorio. Ciertamente es que lo hace incansablemente, pero eso prueba que tiene un contrincante poderoso: el bien que perseguimos, que deseamos, que describimos, que imaginamos, también el que gozamos, y el que alguna vez, incluso, hacemos. Tampoco podemos obviar algo de fundamental importancia, que es la ironía del mal convirtiéndose en bien, sirviendo al bien, como en el caso de la tragedia vista aristotélicamente como catarsis: el dolor, resultado del mal (efecto a su vez de la fragilidad del ser humano frente al destino, los dioses o sus propias pasiones, o del pecado original desde la perspectiva bíblica), purificando nuestras emociones. Mas ¿qué emoción queda purificada, o quizás sería mejor preguntar, qué paz emocional puede alcanzarse ante la víctima? La vida arroja víctimas a nuestra puerta cada día y ellas nos hacen conjugar la compasión con el miedo a convertirnos en una de ellas. Y en la literatura, ¿cómo reaccionar ante la muerte de Ophelia o ante las muertes de los seres queridos de Victor Frankenstein con las que la criatura se venga de su creador? La víctima nos pone cara a cara con el misterio del mal y, lejos de resolverlo, lo acentúa. Sin embargo, qué tranquilidad podemos llegar a sentir (de nuevo la paradoja) cuando en las violentas ficciones góticas del s. XVIII el villano es castigado, o eliminado, y los buenos, héroes y heroínas, tras muchas tribulaciones, son recom-

pensados. El orden restablecido. ¡Ah, si fuera así la vida! dirá más de uno. Pero la vida no es así, e incluso parece tener una ¿malvada? tendencia a complicar las cosas. Y la literatura, a pesar del anterior ejemplo, también. En las aguas abisales de ambas buceó Dostoiévski y sacó a Raskólnikov. En la vida, como en la literatura, no sólo hay víctimas y verdugos, además hay víctimas que son, a la vez, verdugos ¿verdad, Hamlet? (ineludible Shakespeare). La lista de nombres es larga, e incluso quien no tuvo nombre, como la criatura del doctor ginebrino, también es víctima y verdugo, como lo es su irresponsable padre, fracasado creador Víctor, víctima de su, en principio, noble ambición científica. Y nosotros mismos, qué mostramos y qué escondemos ante el espejo y ante el misterio de la identidad. El dolor y el miedo, inevitables. Y la visión del abismo. Todo ello en los libros y en lo cotidiano. Sin embargo, o precisamente por eso, de manera más o menos visible el bien no deja de hacer su trabajo. Desde luego, no podemos negar sus efectos en la buena literatura, para la que, volviendo a la paradoja, el mal siempre ha sido un bien necesario.